



“Fuegos, aguardientes y fandangos mexicanos”
p. 57-64

La muerte y los niños
Exequias novohispanas y mexicanas
a sus bienaventurados angelitos
María del Carmen Vázquez Mantecón

México
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Figuras
(Divulgación 13)

Primera edición impresa: 2018

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2021

ISBN de PDF: [en trámite]

<https://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

©2021: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en:

<https://ru.historicas.unam.mx/page/terminosuso>

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

FUEGOS, AGUARDIENTES Y FANDANGOS MEXICANOS

Joaquín Bolaños, predicador novohispano del Colegio de Propaganda Fide de Zacatecas, dio a conocer, en el año de 1792, una historia novelada sobre la muerte (a la que llama “señora”), desde cuyo preámbulo apuntó las diferencias que había entre los entierros de los adultos y los de los niños, destacando que, cuando ella entraba en los cuerpos de los infantes, era recibida en las iglesias “con coëtes (*sic*) y muy solemnes repiquetes”.¹ La documentación con respecto al conflicto por el entierro del hijo del teniente de milicias Antonio Bea, en 1782, que expuse páginas arriba, alude a sus abundantes estallidos de pólvora y a que hubo variados festejos por el “angelito”, incluido un aparatoso fandango. Esto será posible apreciarlo sin falta (con más o menos detalle), en los relatos de cronistas nacionales y de forasteros desde el inicio del siglo XIX y a lo largo de toda esa centuria, sobre todo entre los indios y los mestizos. En esos escritos quedaron bien descritas las creencias que explicaban ese gozo, sea porque el niño que muere antes de los siete años es un ángel del cielo;² porque había escapado del purgatorio;³

1 Joaquín Bolaños, *La portentosa vida de la muerte*, México, Joseph de Jáuregui, 1792.

2 Gabriel Ferry [Eugène Louis Gabriel Ferry de Bellemare], *Escenas de la vida civil en México*, México, Departamento del Distrito Federal, 1973 (Colección Popular Ciudad de México), p. 59.

3 G. F. Lyon [George Francis Lyon], *Residencia en México, 1826. Diario de*

porque las almas llamadas en estado de inocencia van al cielo;⁴ porque Dios Omnipotente lo llamó a aumentar el número de sus ángeles, ocupando el lugar prometido a la inocencia;⁵ porque no estaba en pecado;⁶ por su emigración prematura a las regiones celestes;⁷ o, finalmente, porque los padres lo daban de buena voluntad al cielo para que entrara en el Paraíso “y no se vuelva a recoger las lágrimas”.⁸ Referente importante en esas narraciones resulta el uso de cohetes, que con su velocidad parecieran ayudar a esas almas a llegar más pronto y, con su estruendo, anunciar su llegada. Según el capitán de la marina real inglesa George Francis Lyon, quien estuvo en Tula en el año de 1826, durante todo el camino desde la iglesia al entierro de un niño pequeño, el padre de la criatura iba arrojando cohetes de mano (llevaba un gran bulto

una gira con estancia en la República de México, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 76.

4 Eduard Mühlentpfordt, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México*, México, Banco de México, 1993, t. 1, p. 263.

5 Cartela de la pintura de José María Estrada al niño José Manuel Navarrete, México, 1847, en Gutierre Aceves Piña, “La muerte niña”, en *La muerte niña*, México, Museo Poblano de Arte Virreinal, Puebla de los Ángeles, mayo-octubre de 1999, p. 39.

6 John Lloyd Stephens, *Incidentes de viaje a Yucatán*, [1843], en José Iturrriaga, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, v. 2, p. 140.

7 Bernard Mathieu de Fossey, *Viaje a México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 199-200.

8 Carl Lumholtz, *El México desconocido. Cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental; en la tierra caliente de Tepic y Jalisco y entre los tarascos de Michoacán*, México, Publicaciones Herrerías, 1945, t. 1, p. 437-438. Aquí describe la costumbre de los tepehuanos.

de ellos bajo el brazo), ayudado por un hombre que portaba una antorcha de madera ardiendo.⁹ El estallido de los cohetes, además de la música y los repiques, era el anuncio imprescindible de un velorio, de un entierro infantil, y de un fandango, que confundió a más de uno.¹⁰ Entre los tepehuanos, ya hacia la última década del siglo XIX, no se acostumbraba llorar por el difuntito, pero sí encender cohetes y danzar alegremente.¹¹

No falta, asimismo, el relato de que la mejor muestra de regocijo era el “fandango” (o “un baile”), con música, cantos, zapateado y consumo de distintas bebidas y alimentos, que tenía lugar en el momento de la velación, o después de la inhumación, o en ambas.¹² Contamos con varias descripciones para la ciudad de México entre las clases menos favorecidas. Según un cronista anónimo del *Semanario de las Señoritas Mexicanas* de 1841 (aunque aludiendo al año de 1838), él fue testigo de “un sarao o lo que fuese” en la casa de una costurera del barrio de San Sebastián, amenizado por una orquesta y por músicos aficionados, en el que circularon vasitos con aguardiente, sin economizar bizco-

9 G. F. Lyon, *Residencia en México...*, p. 76.

10 Carl Christian Sartorius, *México hacia 1850*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990 (Cien de México), p. 273; y Guillermo Prieto, *Viajes de orden suprema*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 1986, v. 1, p. 242. Alude al pueblo de Tequisquiapan, Querétaro hacia 1854.

11 Carl Lumholtz, *El México desconocido...*, p. 437-438.

12 Véase, por ejemplo, G. F. Lyon, *Residencia en México...*, p. 76; Eduard Mühlentpfordt, *Ensayo de una...*, p. 263; Carl Christian Sartorius, *México hacia 1850*, p. 273; y Marcos Arroniz, *Manual del viajero en México*, edición facsimilar de 1858, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1991, p. 158-161.

chos y tortitas de cuajada.¹³ Ante la muerte de un niño, todos, según la apreciación de Desiré Charnay a fines de la década de los cincuenta y principios de la siguiente, se prometían “un bonito día”. Una vez enterrado, llegaban al lugar de la “fiesta fúnebre” donde comenzaban las libaciones, se preparaban los juegos, poco a poco se calentaba la juerga y se animaban los bailes en medio de una borrachera agradable.¹⁴ Según Antonio García Cubas, quien también describió las decimonónicas costumbres populares de la capital, la despedida de ese ángel en tránsito era por medio de una fiesta que empezaba en el mismo velorio con tocadores de arpa, vihuela y jaranitas ejecutando sonecillos del país, siendo el más tradicional el jarabe, que todos bailaban en pareja.¹⁵ En cuanto a lo sucedido en la provincia mexicana, estuvo la experiencia hacia 1857 de Mathieu de Fossey entre los indígenas de Santa María del Tule, Oaxaca, en la que hubo cantos alegres, instrumentos de cuerda, aplausos para marcar el compás, indios viejos que bebían jícaras de pulque y de mezcal, y mujeres preparando guisos y tortillas. Es interesante, también, que no dejara de observar que “toda esa apariencia festiva”, no bastó a la madre para contener algunas lágrimas.¹⁶

13 Anónimo, “Costumbres mexicanas. Los velorios”, *Semanario de las Señoritas Mexicanas*, t. II, 1841.

14 Desiré Charnay, *Ciudades y ruinas americanas. México, 1858-1861, recuerdos e impresiones de viaje*, México, Banco de México, 1994, p. 64.

15 Antonio García Cubas, “La verbena del día de muertos” [fragmento de *El libro de mis recuerdos*], en *Leyendas y costumbres de México*, México, Editorial del Valle de México, 1990, p. 299.

16 Bernard Mathieu de Fossey, *Viaje a México*, p. 199-200.



Algunos extranjeros juzgaron la costumbre a partir de lo que creían que debería ser el funeral de un infante. Por ejemplo, George Francis Lyon escribió, a propósito de la alegría, que a pesar de que era un deber de los cristianos resignarse en sus aflicciones, pocas mujeres de su país (Inglaterra) podrían llevar a su hijo a la tumba con porte sonriente, pudiendo, asimismo, responder por la incapacidad de los hombres para lanzar cohetes cuando les había sido quitado su primogénito.¹⁷ Horrorizado y triste, dijo haberse sentido el angloamericano John Lloyd Stephens ante el cadáver de un niño pobre que llevaban en andas hacia una iglesia, del que vio salir por su nariz “un enjambre de gusanos enormes que se crispaban sobre sus facciones”.¹⁸ Hubo casos donde se manifestó abiertamente la desaprobación y la crítica, como en el relato de Gabriel Ferry de un velorio de los “del pueblo bajo” de la ciudad de México durante la primera mitad del siglo XIX, en el que intentó transmitir un sentimiento de repulsión por esa “orgía” de vino, mujeres y juego, entre el olor fétido del cadáver, el humo del cigarro y los vapores del jerez y del chinguirito. Se confesó sorprendido por descubrir sobre una mesa el cadáver de un niño de escasos siete años con varios días de muerto, en medio de una atmósfera sofocan-

17 G. F. Lyon, *Residencia en México...*, p. 76.

18 John Lloyd Stephens, *Incidentes de viaje...*, p. 140.

te que había marchitado las flores que lo circundaban. Gritos, carcajadas, conversaciones, cantos “como de salvajes”, mujeres “oficiosas” que se hacen un deber no faltar a esas veladas, navajazos, chillidos, rezos de borrachos, profanación del cadáver al caer al suelo, en suma, una “costumbre bárbara”, una “odiosa profanación de la muerte”, que, según él, obligaba a un padre de familia a ahogar sus lágrimas y a una madre a ser víctima de una “superstición grosera” y “a llorar de desesperación” humillada por la tiranía de las costumbres.¹⁹

A Ludovic Chambon, quien visitó la capital cuando estaba por fenecer el siglo XIX, el entierro “de un angelito” por el rumbo de la Hacienda de la Castañeda le mereció decir, en un relato que buscaba cierto pintoresquismo, que “la escena era bastante original”, por los enterradores echando paladas de tierra sobre la pequeña mortaja, los indios charlando indiferentes, y al fondo, los frescos de la iglesia desvencijada en los que se veían revolotear unos ángeles con las manos juntas, mientras se escuchaba “una fanfarria” (banda), interpretando “el vals de las rosas”.²⁰ Por su parte, también hubo cronistas nacionales que dieron su opinión, como Guillermo Prieto, para quien la vista del cadáver de un niño en andas, “tieso, con los cabellos hirsutos, los ojos vidriosos medio abiertos y sin mirada”, fue un espectáculo que le generó una impresión “horrible”, calificándolo como “una pro-

19 Gabriel Ferry, *Escenas de la...*, p. 59.

20 Ludovic Chambon, “Viaje a un México pintoresco”, en Emanuel Carballo y José Luis Martínez (eds.), *Páginas de la ciudad de México, 1469-1987*, México, Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, 1988, p. 200-201.

fanación, una irrisión”.²¹ Antonio García Cubas, quien conocía la mención del relato del funeral del niño español cerca de Jaén en 1835, externó que en México se trataba de una “importada costumbre repugnante”, que aunque creía que iba decayendo entre la gente del pueblo, era de lamentar que “no hubiera desaparecido del todo”.²² La legislación sobre policía durante el fugaz imperio de Maximiliano prohibió, posiblemente sin mucho efecto, que “en todas las poblaciones”, con motivo de la muerte de los párvulos, hubiera “diversiones o bailes llamados vulgarmente velorios”.²³

21 Guillermo Prieto, *Viajes de orden...*, v. 1, p. 242.

22 Antonio García Cubas, “La verbena del...”, p. 299.

23 “Ley sobre policía general del Imperio, Título II, Capítulo noveno, Diversiones públicas, decretada el 1 de noviembre de 1865”, en *Colección de leyes, decretos y reglamentos que interinamente forman el sistema político, administrativo y judicial del Imperio, 1865*, México, Imprenta de A. Boix, a cargo de M. Zornoza, 1865. Agradezco al historiador Antonio de Jesús Enríquez que haya compartido conmigo este dato.

